

mapa de Europa, en los Balcanes: en la antigua República Federativa Socialista de Yugoslavia, en donde Serbia, la columna vertebral del Estado de los eslovenos del sur y, más tarde, del Estado comunista del mariscal Tito, quería mantener por la fuerza de las armas -y todavía hoy quiere- la entelequia de unidad de un Estado que nació ya artificialmente. La guerra civil de Serbia contra Croacia y Eslovenia, primero, y contra Bosnia-Herzegovina, después (y que aún continúa cuando escribimos estas líneas), y la más que posible partición el próximo otoño de la actual República de Checos y Eslovacos (consumada cuando estas páginas se publiquen), vuelve a poner de actualidad otra de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial: el fin del imperio Auto-Húngaro.

Y es sobre este aspecto tan crucial del que trata e importante libro del historiador francohúngaro, François Fejtő, *Requiem por un Imperio difundo*. Frente a la tesis tradicional de que el Imperio de los Habsburgo *estalló* víctima de sus contradicciones internas (entre las que destacaba el ser una *gran cárcel de los pueblos*) y externas (es decir, su vinculación al II Reich alemán en la Gran Guerra, y la pérdida de la misma), Fejtő afirma, tras una importante investigación, «que, abstracción hecha de las fuerzas de cohesión que mantuvieron unidos a los pueblos y a las naciones durante siglos, y que el azar y las necesidades de la Historia habían llevado antaño a unirse ante las incesantes presiones extranjeras, las tendencias centrífugas, autonomistas, separatistas, no hubieran podido llegar a una disgregación desde el interior, si el desmembramiento de la monarquía no se hubiera decidido en el exterior, ni las fuerzas separatistas (de las que nada prueba que estuvieran unidas ni que representaran a la mayoría de las poblaciones) no hubieran sido sostenidas y alentadas por los 'árbitros' de la Entente».

La fuerza de los hechos, setenta y cuatro años después de los tratados de paz que suprimieron a Austria-Hungría del mapa de Europa, parecen dar la razón a las tesis de Fejtő: a la corta, la política agresiva de Hitler, la Segunda Guerra Mundial, y el *raptó* de la Europa del Este por la Unión Soviética; y a la larga, el actual conflicto armado de los Balcanes con Serbia contra todos y contra todo, y la próxima -hoy ya consumada- ruptura de Checoslovaquia, con lo que los sueños de Masaryk y Benêsh habrán concluido, perdiendo su última y definitiva batalla después de muertos.

Un gran libro, en definitiva, que debiera acompañar en estos momentos a los actuales dirigentes de Europa en sus múltiples viajes y ayudarles a comprender una de las claves de nuestro pasado reciente. Así, al menos, las decisiones que se tomen irán precedidas de la necesaria reflexión, más allá de los lógicos intereses particulares y particularistas. Éstos ya se sabe en que han terminado.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

VLADIMIR BOUKOVSKI, *LA UNIÓN SOVIÉTICA, DE LA UTOPIA AL DESASTRE*, Madrid, Arias Montano Editores, 1991 (227 pp.).

Vladimir Boukovski ha sido considerado el más célebre disidente soviético después de Soljenitsin. Boukovski es también un conocido y brillante escritor, como lo atestiguan algunas de sus obras, por ejemplo, *Vuelve a soplar el viento* o *Ese lacerante dolor de la libertad*. Poco antes de la desintegración de la Unión Soviética, Boukovski publicó el presente libro que reseñamos, con un título cuando menos sugerente que, con el tiempo, le ha dado la razón al autor: *La Unión Soviética, de la utopía al desastre*.

La tesis que esgrime Boukovski es clara y sencilla: la Unión Soviética -que no es otra cosa que el *imperio del mal*- está llamada a desaparecer víctima de sus propias contradicciones, anegada en el fango de su propia historia, desde los días de V.I. Lenin hasta los tiempos de M. Gorbachov. Todo esto que hubiera parecido sacrilego para la religión marxista hace apenas un decenio (lo que sí sucedió con el libro testimonio de A. Soljenitsin, *El Archipiélago Gulag, 1918-1956*), ha sido visto como lo más natural para la inmensa mayoría de los mortales al comienzo de los años noventa, y eso que Boukovski no deja títere con cabeza.

Para empezar, Carlos Marx es el nuevo *Fausto* redivivo y V.I. Lenin el Mefistófeles de turno; es decir, que el propio nacimiento de la Unión Soviética -algo *contra natura*- no fue otra cosa que la encarnación de la *utopía* marxista llevada hasta el paroxismo por el *diablo* Lenin, así, al menos, es como lo ve nuestro autor. Más tarde llegó J. Stalin y, con todo el país convertido en un Gulag, consolidó el régimen soviético, sin importarle el precio que hubo que pagar por ello: ¡El fin justificaba los medios! Y con Gorbachov, el último epígono del comunismo soviético, la utopía se convirtió en desastre: para Vladimir Boukovski, «Gorbachov no era un reformador liberal, sino un peligroso reaccionario que no buscaba cambiar el sistema, sino salvarlo. Pero el autor no estaba seguro de que lo pudiera lograr, pues prosigue inexorablemente la autodestrucción de todo un pueblo, su economía y ecología, al mismo tiempo que, como consecuencia, se está derrumbando el Imperio, tanto el interior como el exterior. El poder ya no tiene medios para detener la inevitable caída».

Cuando M. Gorbachov presentó a su país y al mundo entero su *perestroika*, la razón fundamental era de índole económica: que la economía funcionara era el gran cambio rector que la Unión Soviética necesitaba. La economía va mal, pero el país va bien, afirmaba el líder comunista. La reforma económica fracasó y, además, el país iba mal. Con el tiempo, se hizo evidente la necesidad de otro cambio rector, esta vez, en el propio Partido: al no abordarse con decisión supuso la ilegalización del PCUS marcado con el estigma del fallido golpe de Estado de agosto de 1991. Por último, la sociedad terminó por dar la espalda al proyecto gorbachoviano: tampoco se acertó a la hora de conquistar el apoyo de la ciudadanía. Las élites, que acampaban extramuros de la nomenklatura, tanto en el interior como en el exterior, se sentaron, finalmente, a «ver pasar el cadáver de su enemigo». Incluso para los disidentes, según han escrito sus más egregios representantes (Soljenitsin y el mismo Boukovski), lo mejor que le podía ocurrir al *pueblo* es que la Unión Soviética dejara simple y llanamente de existir, como así sucedió en la Navidad de 1991. El maleficio,

como ocurriera con el mito de *Fausto*, y que le sirve a Boukovski de hilo conductor en toda su obra, había sido conjurado.

A partir de ahora, todos los hombres y mujeres de lo que fue la antigua Unión Soviética, son dueños de su propio destino y empezarán a sentir en carne propia «ese lacerante dolor de la libertad».

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

MIJAIL GORBACHOV, EL GOLPE DE AGOSTO. LA VERDAD Y SUS CONSECUENCIAS, Barcelona, Ediciones B. Serie Reporter, 1991 (279 pp.).

En el largo camino hacia la desintegración de la Unión Soviética, que se consumó el día de Navidad de 1991, aparecen tres hitos fundamentales: el primero es el proceso contra Stalin, que tuvo lugar en las sesiones del XX Congreso del PCUS, en 1956, cuando Jruchev presentó su «Informe Secreto», la llamada desestalinización. El segundo hito no es otro que la *perestroika* o cambio rector de Gorbachov, a partir de 1985. Ambos sucesos quedan definidos perfectamente por la célebre cita de A. de Tocqueville: «el momento más peligroso para un mal régimen es el que se produce cuando intenta mejorarse a sí mismo». El último hito es el intento de golpe de Estado del 19 al 21 de agosto de 1991.

El caos de la situación económica, la desesperación de la población y su lucha por la supervivencia, la paulatina descomposición de la unidad *imperial* y la pérdida de poder por parte del partido comunista, entre otros aspectos, supusieron el caldo de cultivo en el que intentó fraguar el golpe de Estado de agosto de 1991 en la Unión Soviética. Fiel a su historia, el golpe fallido fue protagonizado por la vieja guardia del partido comunista, conforme al mandato de Lenin de mantenerse siempre, como lo fueron los viejos bolcheviques, «vanguardia del proletariado». Al parecer, la camarilla comunista quería, cumpliendo al pie de la letra las consignas de siempre, salvar al país de los soviets del «enemigo de siempre» (el imperialismo/capitalismo occidental), parar en seco las desastrosas reformas de Gorbachov (sobre todo las económicas, que, efectivamente, no habían resuelto los problemas, problemas que había creado la ortodoxia marxista-leninista) y llevar la «pax» soviética a todos los territorios de la Unión o del *imperio* (incluso a las tres repúblicas bálticas que al comienzo de la guerra mundial habían sido *raptadas* por el Estado soviético). En suma, volver a los tiempos *dorados* de la obediencia ciega a los designios del PCUS.

Sin embargo, el golpe de Estado fue abortado. Los golpistas, muy poco dotados en las artes bonapartistas, no consiguieron ninguno de sus objetivos, y con su actuación, incluido el secuestro del Presidente de la URSS, aceleraron definitivamente los acontecimientos, que habrían de suponer, sobre todo, el fin de la preponderancia comunista, y más concretamente del partido bolchevique fundado por Lenin, la desaparición o disolución del aparato represor del Estado, la KGB, la independen-